

BURGOS 2025
DÍA DEL PÍNFANO
CONCURSO DE RELATOS



SOLO PENSABA EN MÍ

Mi padre al que estaba muy unido, había fallecido recientemente cuando yo tenía nueve años, mi estatus de niño huérfano me costaba asimilarlo y me enfrentaba a un cambio brutal en mi vida, ya nada iba a ser igual que antes, la situación mental por la que atravesaba era de un absoluto desconcierto.

En tan solo dos meses de mi corta vida, todo se me ha venido abajo; a la muerte de mi padre que para mí fue un suceso ya de por sí desgarrador había que añadirle el anuncio y la certeza de mi obligado internamiento en un colegio de huérfanos del Ejército, en un recóndito y alejado pueblo de la Coruña conocido por Padrón y del que nunca había oído hablar.

Todo ello era demasiado para mi infantil personalidad, dado que las consecuencias eran traumáticas, se tuvo que suspender mi comunión anunciada para mayo de ese año como una prueba más del luto en el que se encontraba mi familia.

Ya no había nada rutinario, ni fijo, ni perdurable, la asistencia a clase se había convertido en un suceso transitorio, de poco valía aplicarse si el curso que viene ya no volvería a la misma escuela; mi relación con los amigos de la escuela y el barrio se había difuminado de una forma alarmante, jugaba sí, pero mientras lo hacía no podía evitar pensar que tarde o temprano toda mi actividad pasará a un segundo plano.

Más de una noche cuando la casa estaba sumida en el silencio y la oscuridad inundaba mi habitación, mis ojos vivos todavía permanecían abiertos, mi pensamiento volvían una y otra vez al internado sin proponérmelo pensaba en lo que supondrá tal evento en mi vida; dejar sus paseos curiosos por la ciudad; abandonar las escapadas para bañarse en las bravas y turbulentas aguas del río que atravesaba la ciudad en los días calurosos de la meseta; saltar sobre los charcos helados y liberar a las piedras y plantas antes capturados por la capa de hielo en los fríos días del invierno; como tampoco disfrutaré de mis correrías entre los árboles armado con un artesanal tirachinas a la caza del gorrión despistado que canturrea ausente de lo que le venía encima; también dejar mis

competidos partidos de futbol en las campas cercanas al Hospital Provincial, donde en breve me sacarán la tarjeta roja camino del internado etc. Aun así para mí la vida seguía. No obstante, la fecha del ingreso era inamovible en septiembre ya estaré ingresado o dicho de otra forma internado. Que tremenda soledad e incertidumbre me venían encima. Mi ingreso en el internado era inminente y próximo.

Antes y por consejo de mi madre, tuve que hacer frente y en solitario un indeseado y protocolario acto social, como era despedirme de los familiares más allegados. Yo, odiaba este tipo de actos, no solo porque no estaba acostumbrado sino también por lo que de superficial que tenían, además alargaban en exceso los momentos previos a la dolorosa partida, por ello deseaba que pasase cuanto antes, no tenía objeto soportar tantas y repetidas compasiones.

Comencé a visitar, con cierta amargura y muy enfadado, no entendía porque mi madre no me acompañaba en tal evento, ella estaba más acostumbrada a estas relaciones sociales que yo pero... Tuve que realizar múltiples visitas, bajo un protocolo que odiaba y a la mayor celeridad, no me daba tiempo a acudir y cumplimentar mi despedida familiar. Múltiples, variadas y rápidas fueron las visitas realizadas a los familiares eran muchos y el tiempo escaso. Todas las visitas, presentaban el mismo perfil, insoportables, mecánicas y de cansada rutina donde se repetían los mismos actos y las mismas frases, acompañadas de sonrisas fáciles y casi metálicas, de besos mejillosos que sonaban como latigazos cerca del oído; besos como banderillas debido a que algunas tías ya mayores que habían perdido cualquier apunte de coquetería femenina, presentaban una fila desordenada de bello recio en su labio superior que como dardos se hincaban en mi pueril mejilla; por su parte los hombres me extendían la mano, apostillando una frase odiosa que acompaña al gesto... “Entre hombres, nada de besos”.

Yo, lo estaba pasando francamente mal escuchando una y otra vez las mismas preguntas y frases... “Piensa siempre que,

es por tú bien”. “En el colegio encontrarás muchos amigos”. “No te preocupes, el tiempo, pasa muy deprisa” “Por Navidad volverás a casa” nunca volví. “Pórtate bien”. “Estudia mucho”, pero de entre todas, hubo una frase que se grabó en mi mente por encima de las otras... “El mal camino andararlo pronto”. Algún familiar por fin pensó que irse interno no es tan bueno como dicen y me animaba con tan determinante frase, a que cuanto antes pasara este mal trago mejor; era la pura realidad todo hasta lo malo tiene un fin, pues que así sea. De golpe y porrazo me entraron ganas de que mañana llegara cuanto antes y de esta forma estar más cerca del final. Gracias a dios, las visitas finalizaron y con ello volvió la normalidad, aunque de mi mente no desapareció la angustia, la zozobra ni la incertidumbre.

A pesar de lo alejada que parecía la fecha de ingreso en el internado, esta llegó, en el mes de septiembre de aquel funesto año de mil novecientos cincuenta y siete. Día de la partida, el viaje lo haré en tren. Ese día, no iba a dormir, puesto que la hora de salida del tren hacia la Galicia lejana, era a las dos de la madrugada. Mi madre y yo, salimos de casa, recorrimos varias calles en absoluta soledad solamente acompañados por las tenues luces de las farolas, y finalmente enfilamos la carretera hacía la estación, un gran edificio con una gran puerta principal que parecía iba a fagocitarme, la atravesamos, ahora mi madre y yo cogidos de la mano y en silencio, nos encontramos de pie el uno al lado del otro yo, con mi maleta en la mano que contenía los pocos enseres que yo tenía, pero que iba a ser mi compañera de viaje, mi madre con un pañuelo y un papel en la otra mano.

Algunas personas taciturnas transitan con pasos inquietos y pasaban cerca de nosotros, las menos, se percataban de mi presencia otras siguen sumidos en sus inquietudes. Madre e hijo, permanecíamos de pie quietos, sin hablarnos ni mirarnos cual estatuas de sal; en el reloj de la estación de esfera blanca y grandes números negros, las agujas se empeñaban en cumplir su trabajo, mientras la del segundero repetía una y mil veces su viaje, la otra la de los minutos obedecía pun-

tualmente el ritmo impuesto y a cada vuelta de la primera, la segunda daba un paso seco y duro hacia el siguiente minuto, mientras la aguja horaria espera su turno. Son las una cuarenta y cinco de la madrugada el tren está próximo a llegar.

Yo, está embargado por diversas sensaciones de temor, incertidumbre, desconfianza, soledad, curiosidad, pero especialmente de resignación; la suerte está echada no hay vuelta atrás. Ahora el tiempo en la estación parece haberse detenido. Yo, seguía enfrascado en mi futuro, me iba de casa y de la ciudad y mi madre y mis hermanos menores se quedaban. No era justo, contrariado no me explicaba por qué mi madre no me hablaba, no lloraba en una situación donde todas las madres deben llorar el asunto no era para menos. No era justo.

Un hombre vestido de rigurosa etiqueta, con una banderín en una mano y en la otra un candil con débil y titilante llama en su interior se acercó a mi madre, algo le dijo al oído, ella, asintió y le dio las gracias. Por el altavoz de la estación, se anuncia la llegada del tren expreso con destino La Coruña; algunas personas, se aproximan al borde del andén. A lo lejos, se observa una potente luz que se acerca a gran velocidad, rodeada de humos y estridentes ruidos, es la locomotora que arrastra escandalosamente al tren que me llevará a mi destino, se aproximaba entre chirriantes ruidos metálicos a la estación; me, asusté un poco y di un paso hacia atrás, mi madre conmigo.

El tren, como cansado del esfuerzo se paró frente a nosotros levantando mil quejas; los dos permanecemos cogidos de la mano pegados el uno a la otra, mientras una nube de vapor nos invadía, del tren nadie se baja; esperamos un instante, el vapor desaparece el vapor, al fondo algo más alejado de donde nos encontrábamos los dos se abre la puerta de un vagón, un hombre también uniformado se asomó a la misma, es el revisor que bajó al andén y se acercó a nosotros; al llegar saludó a mi madre, esta le extendió un papel que el recién llegado recogió y examinó detenidamente, después el hom-

bre me miró a mí y esperó un instante para que madre e hijo nos despidiéramos. Yo, contrariado fui mohíno en la despedida, mi madre, se arrodilló junto a mí y ahora con un ligero apunte de llanto, me dio dos besos que recibí serenamente; el hombre lanzó unas palabras de ánimo a mi madre de mí ni se acordó, finalizada la despedida, el empleado me cogió de la mano, mientras yo mantenía en la otra la preciada maleta y juntos subimos al tren.

Por un instante desaparecí más tarde me asomé a la ventana del departamento donde fui ubicado, desde allí pude ver como mi madre desde el andén recitaba una serie de frases que yo no llegué a entender. La verdad me sentí muy mal fui tratado como un paquete cuya importancia no era el contenido del mismo sino su destino. Un gran silbido, anunció que el tren de nuevo se ponía en marcha, perezosamente comenzó a moverse mi madre desde el andén, agitaba nerviosamente la mano y casi agónicamente me lanzó a gritos varias frases... ¡Te quiero! ¡Cuídate! ¡Escríbeme cuando llegues! Bruscamente finalizó la despedida.

Todo pasó muy rápido. Yo, llegué al internado, en Padrón, me adapté perfectamente a la vida del mismo, no me resultó difícil, era buen estudiante, mejor deportista y un buen amigo. Después pasé por varios colegios más, acabé mis estudios o dicho de otra forma llegué a ser un “hombre de provecho”. Hoy estoy casado y jubilado jubiloso, tengo un hijo y una hija maravillosos, una mujer que siempre me entendió y una madre que siempre ha estado a mi lado, pero en el fondo yo guardaba como un poso amargo el comportamiento de mi madre el día de mi partida hacía el internado.

Hasta que en unas navidades en mi casa a la que había invitado a mi madre como no podía ser menos, sucedió un hecho que por improvisado y maravilloso no dejó de afectarme en gran medida y que fue el cierre de mi amargura residual. Sucedió improvisadamente. Mi hija, es una acreditada psicóloga y una maravillosa nieta a la que siempre le gustó oír y hablar de mis peripecias por los internados, pero esta vez se

centró en su abuela y le espetó una pregunta que a todos nos sorprendió le preguntó... Abuela... ¿De tu vida dime cuales han sido los momentos más duros?

Mi madre, empezó a llorar desconsoladamente y haciendo de su flaqueza una virtud, dijo sin pensárselo. El día en que murió tu abuelo y el día que despedí a tu padre en el andén de la estación, por estas razones en vida me he muerto dos veces. Francamente afectado, me levanté, fui hasta donde estaba mi madre y mientras le abrazaba le dije con el corazón roto.

¡Perdona madre, solo pensaba en mí!